

Martí en las rutas dominicanas: el apoyo masónico (I)

Mayra Beatriz Martínez

Fotos y fotocopias de la autora

Durante la segunda y tercera llegada de José Martí a Montecristi —1893 y 1895—, con toda certeza, restableció sus vínculos con masones en Dominicana. No obstante, sabemos que durante su breve estadía entre el 3 y el 5 de junio de 1893, se mantuvo discretamente albergado en casa El Generalísimo —trabajando en su desván, por más señas, así que los contactos debieron ser bien limitados.

Al regresar al país en 1895 —cuando permaneciera entre el 7 de febrero y el 1^{ro} de abril—, sí tuvo mayor oportunidad de reactivar lazos fraternales. Tal vez, a este último período responde el testimonio de Juan E. Bory —referido por Emilio Rodríguez Demorizi— respecto a una intervención martiana en una tenida de esa logia montecristeña, aunque sin indicar fecha determinada. Bory lo afirmó en conferencia realizada en la Logia Unión Hispanoamericana, de La Habana, el 23 de mayo de 1931, luego publicada bajo el título *Poema de fe*:

Cumplió [Martí] su deber visitando con El Generalísimo, la Respetable Logia Quisqueya, eslabonándose con aquellos generosos y buenos hermanos, que tanto bien le hicieron a Cuba. Oí esa noche el torrente elocuente del verbo del Maestro. Mi alma quedó inundada por la divina luz de la masonería y por los resplandores de aquel hombre maravilloso.¹

Se arriesga a precisar Gabriel García Galán, en el prefacio del volumen donde se da a conocer una conferencia leída por el hermano masón mexicano Camilo Carrancá Trujillo en la logia “América” de La Habana, el día 3 de junio de 1939: “Días antes de marchar Martí y Gómez a incorporarse a la guerra [...] en la Logia ‘Quisqueya’ de Montecristi, fue iniciado como masón el hermano Juan E. Bory”, ceremonia en la cual, asegura, participaron ambos y donde Martí pronunció “un discurso pleno de índices

fraternales”.² Pensamos que podría tratarse del mismo discurso aludido por Bory, que debió enunciar, entonces, en ocasión del último viaje martiano.

Hallamos otra referencia relevante: en nota del editor al pie de un testimonio suscrito por Benigno B. Conde, se afirma que “Siendo Benigno Conde, Badín y demás amigos de Martí en Montecristi masones entusiastas, es seguro que lo llevaron a la logia de la villa en los largos días que pasó por allí. De ello no tenemos la menor duda.”³ Y aquí se hace referencia, desde luego, a la Quisqueya No. 15. Habría que tener en cuenta que, cuando se puso en circulación este texto de Conde —1979—, en la comisión de publicaciones de la revista *Clío* —todavía el Órgano de la Academia Dominicana de la Historia— permanecían los profesores Emilio Rodríguez Demorizi —recopilador de documentos valiosísimos y de libros notables; estudioso martiano por excelencia y a quien tanto debemos— y Vetillo Alfau Durán —autor de muy valiosa obra bibliográfica y quien también hizo acercamientos a la estancias dominicanas de Martí—:⁴ ellos debieron considerar legítimas las aseveraciones de Conde y nos permiten otorgarle suficiente crédito. Cabría preguntarse, incluso, si la inserción de la nota “del editor” que citamos, donde se utiliza el plural, no sería un aporte de la propia comisión directiva.

Otra relación personal notable parece haberla establecido Martí, en esos momentos, con Isidro Américo Lugo Herrera, joven abogado —futuro ensayista, historiador, poeta, periodista, quien residió en Montecristi entre 1892 y 1896, según recordara él mismo—. Lugo contaría, en una misiva al cubano Félix Lizaso, fechada 20 de junio de 1948, que veía pasear al cubano por la población con frecuencia, llevando de la mano a una de las hijas de Máximo Gómez. Aseguraba que, una noche, pudo observarle desde su oficina cuando se detenía para disfrutar, con visible placer, las improvisaciones de dos trovadores rivales, como parte de un festejo popular celebrado en un local vecino.⁵

Américo Lugo se inició como masón en 1893,⁶ y, en vistas de su propio testimonio acerca de que residía en esos momentos en Montecristi,⁷ pudiera presumirse entonces, que también pertenecía a la logia Quisqueya No. 15 cuando ocurre el último viaje de Martí, aunque Chapman no lo relaciona en su “Cuadro Lógico de la fraterna Logia Quisqueya en 1895”.⁸

De cualquier modo, no es posible ignorar que, desde siempre, había sido bien importante la adhesión a la causa independentista cubana manifestada por los miembros de Quisqueya No. 15, así como la cordialidad que se estableció en el día a día de la estancia martiana final. Más evidencias fidedignas lo confirman.

Se conoce que Jesús Badín y Jústiz, quien lo acogiera coyunturalmente en su propia casa,⁹ fue incondicional a Martí en lo personal; le manifestó una admiración profunda, que expresó, por ejemplo, al obsequiarle un alfiler de oro donde se reproducía la imagen la bandera cubana, fino presente el cual Martí retribuyó con unos versos.¹⁰

Asegura, por otro lado, Gerardo Castellanos en *Francisco Gómez Toro* que al santiaguero Juan E. Bory “le cupo la gloria de sacar en limpio en máquina los pliegos escritos de puño y letra del Maestro, conteniendo el famoso Manifiesto de Montecristi”.¹¹

A raíz de que Benigno D. Conde, promotor de la construcción del famoso reloj público de Montecristi, recibiera y trasladara la maquinaria en aparatoso desfile callejero —acontecimiento presenciado por Martí el 11 de marzo de 1895—, se dice que se organizó una serenata nocturna en la propia vivienda del entusiasta dominicano-cubano-venezolano, y que, en tal oportunidad, el Delegado expresó públicamente que ese reloj marcaría la hora de la independencia de Cuba —entre otros, se ha recogido el testimonio de Jesús Badín Justiz sobre el hecho.¹² Comprobamos que no se trata, en este caso, solo de una información procedente de fuentes escritas, sino manejada, aún, por la población montecristeña como parte de la saga martiana oral, transmitida de generación en generación.

Faltarían por ser mencionados Francisco Carvajal, muy amigo de Gómez, quien era dueño de los coches que viajaban a Dajabón,¹³ y, se dice, colaboró con los preparativos económicamente; y Carlos Nouel —hermano el poeta Bienvenido—. Imposible olvidar a John Poloney —quien les vendió la goleta *Mary John* y realizó las gestiones para el embarque de la expedición hacia Cuba— y a Cornelius G. Moore —a quien se le pidiera que firmara como testigo en la venta de la goleta *Brothers*, embarcación utilizada, en definitiva, para partir de Dominicana—. Eran todos miembros de la Quisqueya No. 15¹⁴ y estuvieron vinculados a las acciones martianas de aquellos días finales de manera muy estrecha.

Resultaría imposible ignorar la articulación entre esos masones activos y la fundación —justo el 19 de febrero— del “Centro Capotillo”,¹⁵ club montecristeño del PRC, al que se afiliaron Jesús Badín —presidente en acta de instalación—, Juan E. Bory —tesorero— y Francisco Carvajal, al cual se integró —en calidad de secretario— el jovencito Lorenzo (Muley) Despradel —miembro de la vegana Concordia No. 4¹⁶ y amigo personal de Panchito Gómez Toro. Por cierto, ambos muchachos crearon, poco

después, en junio de ese propio 1895, una publicación periódica: *Las Albricias*, impresa en el taller de Miguel de San Román, en Montecristi, de la cual Panchito fuera director, Muley fuera redactor principal y donde colaborara Bory.¹⁷ Como Panchito, Muley posteriormente se incorporó a la guerra en Cuba: llegó a ser secretario particular de El Generalísimo y comandante del Ejército Libertador.

Como bien se recuerda, la vida del “Centro Capotillo” fue en extremo breve: el 30 de abril siguiente, fue cerrado por orden del gobernador de Montecristi, Miguel Andrés (Guelito) Pichardo,¹⁸ en virtud de sus actividades demasiado evidentes. Obviamente, la protección de Lilís tenía ciertos límites.¹⁹

Una de las muchas preguntas que todavía deben contestarse sobre este tema es la relacionada con las posibles relaciones martianas con miembros de la logia El Oasis No. 16 (1876) y Regeneración No. 22 (1894), activas entonces en Guayubín y Dajabón, respectivamente, y hoy extinguidas. Sabemos que las actividades de El Delegado en los alrededores de Montecristi y, en general, en esos territorios —Laguna Salada, Mao, Esperanza, Guayacanes, Santa Ana... correspondientes a la Línea Noroeste— fueron intensas desde su primer viaje, pero, sobre todo, durante el último. ¿Quiénes eran los miembros de El Oasis No. 16 y Regeneración no. 22? ¿Acaso algunos de ellos integraron el Club del PRC “General Cabrera”, instalado el 15 de marzo de 1895? Martí mismo trató de tender un manto protector sobre los miembros de ese club, cuando orienta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra que publiquen en *Patria* el acta de fundación sin los nombres de los firmantes, excepto el de su presidente y fundador, Joaquín Montesino²⁰ —su compañero de presidio y trabajos forzados en las canteras de San Lázaro. No tenemos noticias de que Montesino fuera masón.

Había resultado secretario del club de Dajabón José María Jiménez. Según testimonio de Manuel F. Tavárez —hijo de Aurelio de Jesús Tavárez Morales y niño de seis años al segundo paso de Martí por Montecristi—, fueron miembros, además, “Julio Mandet, puertorriqueño, y los dominicanos Gregorio A. Ramos (mi tío), Enrique Rivas, Pablo Reyes, Adolfo Núñez [...]”.²¹

Rodríguez Demorizi recoge la narración del camagüeyano Leopoldo Mozo Andrade²² que refiere la fundación del Club “Ángel Guerra”, igualmente en Montecristi: “Fue Presidente de dicho club el doctor Manuel Parajón, también don Francisco Coll, y yo fui su Tesorero y en 1895, fui también su Presidente”.²³ Mozo afirmaba que unos cuatro meses antes de la salida de los expedicionarios, les ofrecieron “un banquetico” en casa

del doctor Parajón. Quedaría pendiente establecer, entonces, otras posibles relaciones concretas de los afiliados al Club “Ángel Guerra” con Martí y definir si algunos de ellos eran miembros de logias masónicas.

En febrero de 1895, Martí volvería a recorrer el Valle del Cibao: en Santiago de los Caballeros y La Vega debió reanudar vínculos con algunos pobladores que ya conociera de la vez anterior: también, presumiblemente, con sus hermanos de Nuevo Mundo No. 5 y Concordia No. 4. Manuel Ubaldo Gómez, hermano masón de la logia Concordia,²⁴ testimonió muy prudente y sucintamente sobre esa estancia martiana: “Recuerdo perfectamente cuando en el mes de febrero de 1895 estuvo en ésta, en casa de Manuel Genao (El Hatico) [...] En esta vez estuvo Martí una noche en la ciudad [...]”.²⁵ Se organizaba la famosa reunión “de jefes” que se produciría en El Hatico.

Por esos días, a El Delegado le fue ofrecido un agasajo en el santiaguino Centro de Recreo, “la sociedad de los jóvenes”, de “la buena juventud como la llama Martí en su *Diario*...: una gala, “pero íntima y sencilla”.²⁶ Además de don Nicolás Ramírez, se sabe que estuvieron presentes los cubanos Font Sterling, Doval, Vega y Díaz Márquez.²⁷ ¿Quiénes, de todos los presentes, podrían identificarse como hermanos masones?

Un hecho de trascendental relevancia ocurriría el 2 de marzo de 1895, sin la presencia de José Martí, pero que, sin embargo, ha de servir de conclusión convincente para nuestro tema. En esos momentos El Delegado, acompañado por el general dominicano Benigno Corona, había cruzado la frontera por Dajabón rumbo a Haití, en un viaje rápido del cual regresaría a Dominicana el día 5. No se internaría, por cierto, en territorio haitiano sin antes presentarse al vicecónsul dominicano Hipólito Marzán, que le pone el visto-bueno a su pasaporte y a quien, presumiblemente, comunica su urgencia de apoyo económico, confiando en contar con su favor, como hombre de Lilís que fuera.²⁸

Justo en ese lapso, José María (Mayía) Rodríguez se hallaba en Santo Domingo, la capital, también apremiado por el encargo de recabar fondos. Allí había encontrado la situación de que los clubes del PRC no tenían recursos disponibles. Ante estas desalentadoras circunstancias, en la medianoche de esa jornada del 2, se entrevista con Ulises Heureaux (Lilís) en sus habitaciones personales, a donde llega en compañía de los hermanos masones Jaime R. Vidal y Federico Henríquez y Carvajal —autor este último de la idea. Federico, en varios textos e intervenciones públicas, se encargó de narrar, con todo detalle, lo que ocurriera en este encuentro, donde siempre reseña, de un

modo u otro, a la última recomendación del presidente que se ha convertido en parte del patrimonio oral quisqueyano. En testimonio de 1904, la recuerda de la siguiente manera —y el comentario que le sigue, atribuido a Mayía Rodríguez, nos parece una evidencia más de que algo más que las simpatías políticas servirían de garante para aquel encuentro—. Cito:

[el mandatario] nos advirtió:

—“Nadie sabe, y el presidente Heureaux menos que nadie, ni de esta entrevista ni del resultado de nuestra conferencia”.

—“La gratitud y *la disciplina*, a una, nos imponen absoluta reserva”, dijo el general cubano.²⁹

¿Era masón Mayía? No podría asegurarlo, pero creo que son muchas las probabilidades de que lo fuera, dada la confianza que manifiesta el presidente al recibirlos a solas en su dormitorio, en ese horario tan inusitado y el tono fraternal en que, se dice, transcurre la conversación —a pesar de que el gobernante sabe que este último era abierto desafecto a su gobierno. Si así no fuera, pues resultaron fiadores suficientes los hermanos Vidal y Henríquez. Entonces, y como es muy conocido, consiguen arrancar la promesa Lilís de hacerles llegar un donativo de \$ 2 000, a ser entregados por Guelito Pichardo en Montecristi.³⁰

Todo parece indicar que Martí había vuelto a considerar la probabilidad de reunirse con Lilís durante este último viaje al país, pero desistió definitivamente a causa del recrudecimiento del espionaje español en torno a sus actividades, situación informada por el propio Mayía Rodríguez. El 27 de febrero, el coronel le había escrito desde Santo Domingo, manifestándole la improcedencia de su traslado a la capital, porque implicaría un riesgo considerable en esos momentos.

A mi llegada creía yo muy conveniente que el Maestro viniera por acá, hasta *se indicó deseos de que viniera, no habiendo tenido el gusto de conocerlo en su paso por esta Ciudad*, con la premura con que lo hizo. Pero con las noticias de Cuba y

llegada de Yero y sus compañeros, esto se ha alarmado y creo más conveniente que no venga y aun que donde se encuentre se proceda con discreción y reserva.³¹

Este aviso pudo estar vinculado a la renovada idea de preparar una conferencia con Heureaux. Tengamos en cuenta que, solo unos días después, es cuando Mayía accede a la sugerencia de Vidal de encontrarse con Lilís, al parecer, sin manifestar impedimento alguno. Lo hizo, suponemos, a sabiendas que eso no iba a contrariar a El Delegado, porque conocería su intención frustrada de sostener él mismo un encuentro semejante.



Hasta aquí hemos avanzado en el cotejo de las fuentes bibliográficas y documentos de archivo más expeditos, capaz de catalizar las nuevas y esenciales dudas, que se han ido enunciando. Cualquier lector avisado podrá haberse percatado de la ausencia obvia en nuestra reflexión de una confrontación minuciosa entre actas y papelería afines al asunto, correspondientes al Archivo de la Delegación del PRC en Nueva York — conservadas parcialmente en nuestro Archivo Nacional— y sus similares radicados en fondos de la logias de la República Dominicana en cuestión. La primera tarea pudiera ser de cumplimiento inmediato, pero la segunda parece presentar mayor dificultad: no hemos logrado —a pesar de nuestros esfuerzos y el auxilio de amigos y colegas dominicanos— el necesario acceso. Sin embargo, creemos que ello no debe retrasar el presente reconocimiento de evidencias tan palmarias.

Como se ha podido acreditar —muy a pesar de las limitaciones de nuestro estudio—, la red de colaboradores eficientes —miembros o no del PRC—, urdida durante los tres viajes por Martí —y atendida después, obviamente, desde Nueva York—, estuvo integrada en buena medida por masones dominicanos —muchos de los cuales eran, al propio tiempo, funcionarios gubernamentales que seguían orientaciones del presidente Heureaux—; y, asimismo, por masones cubanos emigrados mayormente tras el Pacto del Zanjón —fueran o no veteranos de la contienda. Del mismo modo, algunos de sus hijos también apoyaron la causa independentista de nuestra isla, al punto de incorporarse, con posterioridad, a la manigua.

No queremos significar, desde luego, que las instituciones masónicas dominicanas apoyaran oficialmente el movimiento revolucionario cubano, sino que Martí debió reconocer la importancia de ganar la simpatía de sus hermanos —potenciales integrantes ideales de sus clubes del PRC, por su experiencia de discreción y fidelidad— y obró en consecuencia.

¿Debemos asumir la revelación de estas ligazones como algunas de tantas coincidencias curiosas de la historia o como certidumbres que piden un estudio más profundo? Creemos que se trata, obviamente, de lo último. Por eso, se nos impone una búsqueda más rigurosa: un deber pendiente.

¹ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978, p. 583.

² Camilo Carrancá Trujillo: *Martí en la masonería*, Editorial Lex, La Habana, 1946, p. 11.

³ “Noticias inéditas de Martí y de M. Gómez y del Gral. Collazo. El reloj público de Monte Cristy. Diario de Benigno D. Conde”, *Clío*, no. 136, enero-diciembre, 1979, p. 5.

⁴ V. Vellido Alfau Durán: “Martí y Santo Domingo”, *Clío*, Año 21, N° 95, Enero-abril de 1953, pp. 42-46.

⁵ Cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 591. Definidamente martiano a lo largo de toda su vida, fue compilador de la primera selección de trabajos del cubano, publicada en París bajo el título *Flor y lava*.

⁶ V. Francisco Chapman: “Amigos personales de José Martí en República Dominicana que pertenecieron a la Masonería”, publicado por Carlos Bárbaro García Feito. Disponible en <http://desdesdecarnariasmason.blogspot.com>, Jul 12, 2011 9:07 pm.; H.H. López-Penha: *La masonería en Santo Domingo*, t. 1, Editorial Stella, Ciudad Trujillo, 1956, p. 162.

⁷ Cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 591.

⁸ V. Francisco Chapman, ob. cit.

⁹ Olga Lobetty: *Martí en Montecristi*, Editora Centenario, S.A., Santo Domingo, 1998, p. 112.

¹⁰ “De oro de su corazón/me manda un cubano fiel/el querido pabellón./ Hoy sin huestes ni laurel,/quiero que mi corazón/ lo entierren junto con él” (José Martí: *Obras completas*, t. 17, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 233).

¹¹ Según Rodríguez Demorizi, diversos artículos de Bory —o sobre él— confirman haber mecanografiado el *Manifiesto*. Cita las publicaciones *El País* (10 de junio de 1939), *Información* (16 de septiembre de 1948), *Alerta* (25 de marzo de 1952) y *Carteles* (20 de mayo de 1952) (Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 478). Este es un hecho aún en discusión.

¹² *Ibidem*, p. 506.

¹³ Francisco Chapman, ob. cit.

¹⁴ Francisco Chapman, ob. cit.

¹⁵ “Acta de instalación del Centro Capotillo”, cit. por Emilio Rodríguez Demorizi, ob. cit., pp. 389-391.

¹⁶ Francisco Chapman, ob. cit.

¹⁷ Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 381.

¹⁸ Las creaciones de este club y del “General Cabrera” serían reportadas por el propio Martí a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra por carta de 25 marzo (José Martí: *Obras completas*, t. 4, ed. cit., p. 109), aunque les pide que no se publiquen los datos correspondientes a los nombres de los miembros del segundo, salvo el de su presidente, Joaquín Montesino.

¹⁹ Rodríguez Demorizi, transcribe parte de una comunicación que enviaría Lilís a Guelito el 18 de abril de 1895: “Emilio Reyes, haciendo alarde de los desaciertos comunes a su carácter ha escrito a Moca provocando la formación de Clubs revolucionarios que auxilien la causa cubana económicamente y eso es de señalada trascendencia para nosotros./ En la imposibilidad de hacer otra cosa ordenarás a este caballerito que se traslade a Santiago y así te quitarás de encima el trabajo de seguirle los pasos, para que no continúe en ese camino./ Estamos en condiciones de no dar motivos de queja a España [...]” (cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., pp. 365-366). Si diéramos pábulos a lo aseverado en una de las “Notas diversas” recogidas por Demorizi y atribuida a quien se alude apenas

como “el doctor Vergano” —publicada en “un periódico de La Habana, del 16 de julio de 1924”, de la cual, nos dice, falta la parte del crédito—, hemos de asombrarnos de lo ostensibles que fueron las actividades de los clubes en ese territorio. La cito: “[...] los dominicanos, jamás remisos a cuanto en bien de Cuba se necesitase, pusieron a disposición de los Clubs Revolucionarios una amplia casa frente al Parque Central de Monte Cristi para el grande y último meeting con que culminó la propaganda unos días antes del embarque de los expedicionarios a la tierra irredenta” (*Ibídem*, p. 536).

²⁰ José Martí: *Obras completas*, t. 4, ed. cit. p. 109.

²¹ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 515.

²² En época del tercer viaje martiano (1895), Mozo tenía arrendado el Cayo Pablillo, frente al Morro de Montecristi, donde Martí, Gómez y el resto de los futuros expedicionarios iban a realizar prácticas de tiro.

²³ *Ibídem*, pp. 514

²⁴ Francisco Chapman, ob. cit.

²⁵ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 525.

²⁶ José Martí: *Diarios de campaña. Edición crítica*, investigación y pról. Mayra Beatriz Martínez, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 28.

²⁷ V. Edwin Espinal Hernández: *Historia Social de Santiago de los Caballeros (1863-1900)*, Amigo del Hogar, Santo Domingo, 2005. Al menos, sabemos que Pedro Pablo Doval se adscribió a las filas del PRC: se conserva correspondencia suya entre los documentos de los clubes del Partido, expedida desde Santiago de los Caballeros, en octubre de 1895.

²⁸ Anota en carta a Gómez desde Dajabón el 1ro de marzo: “[...] estaré en el Cabo mañana, después de ver de aquí a un instante a Marzán. Aquí no hallo la huella de lo que buscamos: veré con Marzán” (José Martí: *Obras completas*, t. 20, ed. cit. p. 174).

²⁹ Federico Henríquez y Carvajal: *¡Todo por Cuba!*, en Martí, 1945, p. 140.

³⁰ Se ha supuesto que, cumplida satisfactoriamente su misión, el 3 de marzo de 1895, Mayía partió a caballo hacia Montecristi, con aquella orden de Lilís dirigida al gobernador Guelito. Rodríguez Demorizi transcribe la orden, remitida el 2 de marzo, y que figura en el Copiador de oficios del Presidente Heureaux, no. 44, de 1895, folio 470: “Mi estimado Guelito:/ La presente tiene por objeto suplicarte, bajo confianza de caballero, le entregues al portador, sin dilación alguna, la cantidad de Dos mil pesos oro, los que te compensaré con giros s/ Nueva York a fin del mes en curso” (Cit. Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 123).

³¹ “Del coronel José María Rodríguez”, *Destinatario José Martí*, comp. y notas Luis García Pascual, Casa Editora Abril, 1999, p. 333.